

PROYECTO UNAM

Coordinador: Roberto Arturo Gutiérrez Alcalá robargu@hotmail.com

La música de Conlon Nancarrow

Si quiere adentrarse en la obra de un genio, no deje de leer "La música de Conlon Nancarrow", de Kyle Gann, coeditado por la Escuela Nacional de Música y la Coordinación de Humanidades de la UNAM, en traducción de Carlos Sandoval.



RECONSTRUCCIÓN. Dibujo en el que se aprecia cómo pudieron lucir los islotes con viviendas y edificios públicos



MAPA. Del sitio arqueológico de Santa Cruz de Atizapán

Epiclásico

Al período inmediatamente posterior a la caída de Teotihuacan se le denomina Epiclásico (650-900). Uno de los grupos que habitaban allí, los portadores de la cerámica de tipo coyotlatelco, convivieron con los teotihuacanos en los restos de una ciudad que dejó de ser sagrada.

Desde mediados del siglo VI, el poder político y económico de Teotihuacan había disminuido notablemente, lo que ocasionó migraciones masivas, algunas de las cuales llegaron al valle de Toluca.

Durante el Epiclásico, la actividad constructiva fue más intensa no sólo en Santa Cruz Atizapán, sino también en San Mateo Atenco; más hacia el norte, en el tercer vaso, hacia el actual poblado de San Nicolás Peralta; y en otros sitios dentro de la zona lacustre de la cuenca del Lerma. La cerámica de tipo coyotlatelco llegó a su apogeo en el valle de Toluca.

La vida cotidiana hace mil 500 años



CERÁMICA. Algunas piezas recuperadas y reconstruidas

Recrean investigadores actividades de los antiguos habitantes de la zona lacustre del alto Lerma, en el valle de Toluca

A lo largo de casi tres décadas (desde 1982), un grupo de investigadores del Instituto de Investigaciones Antropológicas, encabezado por Yoko Sugiyama Yamamoto, ha logrado reconstruir —a partir de información etnográfica y excavaciones efectuadas en terrenos del pueblo de Santa Cruz Atizapán—, el modo de vida que los habitantes de la zona lacustre del alto Lerma, en el valle de Toluca, llevaban hace unos mil 500 años.

“Nosotros descubrimos que algunos asentamientos en el valle de Toluca están directamente relacionados con los recursos lacustres como fuente de alimentos. Encontramos evidencias de unos cuantas viviendas pequeñas y dispersas cerca de los ríos, que fechamos en el período llamado Formativo Temprano (1200-1000 antes de Cristo)”, dice Sugiyama Yamamoto.

La zona lacustre del alto Lerma se extiende unos 30 kilómetros en dirección norte-sur y unos 10 kilómetros en dirección este-oeste, y está formada por tres ciénagas. La que se ubica más al sur se llama de Chicahuapan o Almoloya; la que está en el centro, de Chimaliapan o Lerma, y la que se localiza más al norte, de Chiconahuapan o San Bartolo. El “hilo” que las une es el río Lerma.

La colonización de zonas cercanas a los principales ríos se expandió durante el período Formativo Medio (1000-500 antes de Cristo). Sin embargo, la ocupación de la zona lacustre del alto Lerma continuó siendo muy escasa durante muchos años.

La aparición de numerosos asentamientos nuevos en el valle de Toluca indica que la población creció a partir del año 400 al 600 después de Cristo, particularmente en dicha zona lacustre.

Islotes

Entre los años 550 y 900, dentro de lo que hoy es la ciénaga de Chicahuapan, los habitantes de la zona construyeron islotes o “bordos” para vivir, no para sembrar. La mayoría albergaba una o dos casas-habitación, pero había también unos cuantos más grandes.

Durante el período Epiclásico (650-900), unos cien islotes fueron ocupados. La gran mayoría parece haber servido como unidades habitacionales domésticas, aunque otros más grandes quizá tenían una función pública (uno de éstos, al menos, fue edificado con muros de piedra de considerable tamaño).

Antes de construir un islote, los habitantes de la zona preparaban un área considerable del lecho de la ciénaga, lo cual hacían por medio de la colocación estratégica de postes de madera de diversos tamaños; a continuación ponían entre éstos una capa de material orgánico

“Quizá sitios como éste sean poco atractivos para muchos investigadores. Pero si no estudiamos esa parte de la sociedad prehispánica, nunca tendremos una perspectiva completa para comprenderla a cabalidad”

Yoko Sugiyama Yamamoto
Investigadora de la UNAM

co como tules y ramas de pino con hojas, mezclado con sedimento lacustre, que a su vez recubrían con capas alternadas de piedra volcánica y tierra de color ocre, traídas de zonas cercanas.

Allí tenían a su disposición una gran diversidad de productos lacustres como peces, ajolotes, ranas, acociles, tepalcates, así como muchas plantas semiacuáticas (papa de agua y cabeza de negro, por nombrar dos) y, en invierno, patos.

“Naturalmente intercambiaban productos con los habitantes de la planicie, que quizá formaban parte del mismo pueblo”, señala la investigadora.

Viviendas y edificios públicos

Para formar el piso de una vivienda preparaban primero una capa de tierra compactada; luego le añadían una capa de tezontle y piedra pómez (este tipo de piso era muy ligero, impermeabilizaba y absorbía la humedad) y finalmente tendían un acabado delgado con tierra apisonada.

Para hacer los muros utilizaban varas delgadas entretrejidas y cubiertas con lodo (técnica de construcción conocida como bajareque) y postes de madera.

La diferencia principal entre las viviendas y los edificios públicos radicaba en el tamaño, el tipo de piso y el material que se usaba para su construcción. Los edificios públicos estaban contruidos con piedra labrada. Algunos tenían un espacio techado hasta de unos 100 metros cuadrados.

“Su construcción implicó conocimientos de ingeniería y un volumen considerable de mano de obra organizada. Los cimientos eran de piedra. En algunas estructuras encontramos piedras grandes de origen volcánico, de 60 por 70 centímetros, perfectamente ensambladas”, apunta Sugiyama Yamamoto.

Los edificios públicos tenían un piso endurecido como si fuera de cemento, colocado sobre varias capas de tierra con características diferentes. Para evitar que la humedad llegara a la superficie del piso, se utilizaban distintos tipos de piedra volcánica, como tezontle y piedra pómez.

Una de las principales preocupaciones de los habitantes de la zona lacustre del alto Lerma era controlar el hundimiento y la erosión de los islotes, y las fluctuaciones del nivel del agua, lo que los obligaba a reparar, elevar y nivelar los pisos por medio de la superposición de sedimento y materiales volcánicos.

En las construcciones muy pesadas debían superponer otros pisos, hasta que llegó un momento —poco después del año 900— en que un cambio climático provocó el ascenso del nivel del agua y entonces tuvieron que abandonar la zona para siempre.

“Al hacer excavaciones en esos lugares, vimos que las evidencias del pasado prehispánico estaban a más de dos metros de profundidad a partir de la superficie —refiere la investigadora—. Hemos logrado detectar que el espacio público presenta hasta siete pisos superpuestos y que la construcción más antigua queda bajo el agua en tiempos de lluvia.”

Vida familiar

De acuerdo con Sugiyama Yamamoto, se puede suponer que una familia promedio de la región lacustre del alto Lerma estaba integrada por los padres, dos o tres niños, y quizás otros familiares que vivían en un solo cuarto, quizá sin ventanas, a través de cuya puerta entraba poca pero suficiente luz. La cocina podía estar afuera o dentro del mismo cuarto.

A diferencia del trabajo de los niños, el de las niñas se relacionaba más con los tejidos, al igual que en otras sociedades mesoamericanas.

Todos los miembros de la familia probablemente trabajaban el tule, con el que hacían petates, aventadores y otros objetos. Asimismo, iban a la laguna a recoger lo que necesitaban para la vida diaria, o bien para el intercambio de productos de los que no se disponía en la zona.

No requerían una tecnología compleja para conseguir materia prima o alimentos de la laguna. Los conocimientos empíricos se transmitían de generación en generación y conformaban la base de su estrategia para cubrir sus necesidades. Por ejemplo, sabían que el mejor momento para capturar ranas era durante la noche.

Por lo que se refiere a los ritos familiares, tenían que ver con la vida cotidiana, el nacimiento y la muerte, las festividades, la entrada en la adolescencia, etcétera, y quizá la gente levantaba en sus viviendas altares dedicados a diferentes deidades.

“Seguramente había sacerdotes para las ceremonias públicas. Lo curioso es que hemos encontrado muchos sahumerios de tipo coyotlatelco en los que se quemaba copal y algunos incensarios del tipo llamado “teatro”, de estilo teotihuacano, los cuales, creemos, eran utilizados en las ceremonias que se llevaban a cabo en el espacio tanto doméstico como público. También hemos encontrado instrumentos musicales como ocarinas y flautas de barro”, finaliza Sugiyama Yamamoto (Leonardo Huerta Mendoza).



DEL EPICLÁSICO. Pieza de cerámica con restos de pintura

Ollas y comales

Cuando se habla de la cocina prehispánica, se piensa que las ollas sólo servían para cocinar, pero tenían más de una función.

“La gente de la zona lacustre del alto Lerma —informa Sugiyama Yamamoto— muchas veces echaba en una olla los rescoldos o brasas que quedaban, la tapaban y al día siguiente reutilizaban éstos para economizar. Esto lo inferimos porque hemos encontrado no pocas ollas con tizne dentro, no en la parte exterior, como se esperaría.”

Algunas ollas muy grandes servían también para guardar ropa y los trastes de la cocina (ésto se hizo hasta hace algunas décadas en la zona otomiana del valle de Toluca), así como para almacenar granos y transportar agua.

En el caso de los comales, se utilizaban para calentar o tostar tortillas, como hoy; pero también para tapar las ollas de boca grande. Otros comales cóncavos servían para tostar frijoles, amaranto, chíles..., sin que éstos se cayeran.



TLÁLÓC. Figurilla de barro del famoso dios del agua

Relación con Tláloc

La gente de los pueblos lacustres hacía ritos de petición de agua al dios Tláloc en el Nevado de Toluca y otros volcanes o cerros ubicados en la cuenca del Lerma.

“Incluso hoy algunas peregrinaciones todavía llegan hasta el cráter del Nevado de Toluca y del Olotepec, y repiten ritos tradicionales, primero para pedir agua y luego para agradecer la buena cosecha”, afirma Sugiyama Yamamoto.

Por un lado, estos ritos estaban relacionados con el ciclo agrícola en tierra firme; pero, por el otro, los pueblos lacustres necesitaban también que Tláloc les mandara agua de manera adecuada, es decir, ni mucha ni poca, ni antes ni después (demasiada lluvia en los islotes podía inundarlos; y poca podía acabar con los recursos lacustres).